



2/18/84

*Empresario en 19 de Mayo de 1841 y conde de...
Alvarado.
Madrid: Hosp. de S. Geronimo. 1841.*

 MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL

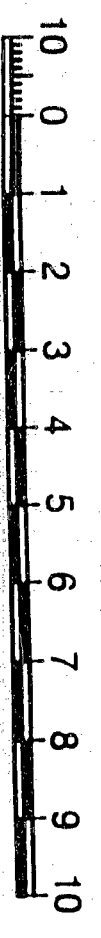
Paseo de Recoletos, 20
28071 Madrid
Teléf.: 580 78 00
Telefax: 577 56 34

Z-412

SIGNATURA:.. *Año. 1841*

REDUCCION: **11**

ESCALA GRAFICA



ciego, conforme pudiera haber dicho otra cosa. Hay además, un padre y una madre, representados con admirable verdad y perfección por Guzman y la Llorente. Luna agradó mucho; Sobrado, que hacia el oficial desempeña siempre bien ese género de papeles. De las dos hermanas la Srta. Corcuera fue la que estuvo mejor. El autor fue llamado á la escena.

TEATRO DE LA CRUZ.—*Juan de Suanza*.—*El vaso de agua*, de Mr. Scribe.

El primero, segun una nota que á su frente ponen los Sres. Garcia Gutierrez y Gil (D. Isidoro), ni es original ni traducido; de forma que no se sabe lo que es, como no sea un monstruo sin padres conocidos. Esto mismo creímos nosotros la noche que asistimos á su representacion. Dios nos libre de meternos en el enmarañado laberinto de los sucesos que se agolpan en este drama. Baste decir que la escena es en la antigua Helvecia allá por los años de mil doscientos noventa y tantos; y que al héroe principal, que empieza llamándose Rodolfo y siendo un cualquiera, le suceden cosas extrañas, hasta que al fin y al cabo descubre que es hijo de un Emperador muerto asesinado, y que el trono le corresponde, ó no hay justicia en este mundo, como efectivamente suele no haberla. A lo mejor se encuentra Rodolfo con un hermano en quien creía su enemigo, ó con una madre, ó cosa así, y hay entonces aquello de ¡quién! ¡tú!—¡sí!—¡cómo!—¡será posible!— ¡ahoraa á tu hermano!

Heimos tenido el gusto de volver á ver en escena al apreciable actor Mate.

El *Vaso de agua* es otra cosa. En él Scribe ha lucido su ingenio admirable y su delicado tacto dramático. Sin punales, ni venenos, ni maldiciones, ni nada de ese cortejo infernal de que vienen acompañadas algunas de las obras que en estos tiempos se destinan al teatro, ha logrado el autor desenvolver su accion, como hábil maestro que es en el arte de la escena. Los personajes que juegan en la accion son la reina Ana de Inglaterra, la duquesa de Marlborough, mujer del célebre jeneral del mismo nombre, lord Bolingbroke, diputado y periodista de la oposicion; y finalmente un jóven oficial y una muchacha que se aman reciprocamente. La reina interesa sobremanera: es jóven, hermosa, benéfica y cariñosa; pero la reina es desgraciada: su existencia se consume

entre papeles y decretos; ama, pero se vé obligada á reprimir su pasion, y á ocultarla aun al mismo que la inspira, porque el Parlamento la prohíbe amar; quiere ver á alguno de sus súbditos, y no se atreve, porque aquel súbdito pertenece á la minoría; y en una reina constitucional es gran pecado comunicarse con los que están en minoría; en fin aquella desdichada jóven es víctima de las teorías parlamentarias, y por fuerza tiene que sufrir la odiosa intervencion de la duquesa en todos los asuntos públicos y privados, porque el marido de la duquesa, aunque estúpido, es primer ministro, tiene á su devocion la mayoría de las cámaras, y es además jeneral, y los soldados están dispuestos á sacrificarse por su jeneral y despues por su reina.

Donde mas se revela el talento de Scribe es en la lucha entre Bolingbroke, orador de la minoría y la duquesa. El primero al paso que hombre de parlamento es cortésano, y á fuer de hombre versado en las interioridades del gobierno representativo, ha comprendido que de poco le servirían sus discursos y artículos periodísticos, sino se valia de la intriga y sino usaba de sagacidad. Pero el enemigo con quien tiene que habérselas, la orgullosa duquesa, es temible y no menos astuto, y lo mas que consigne es ir neutralizando sus ataques, pero no triunfar para siempre.

Afortunadamente averigué cuál era la parte floca de la duquesa; descubre que esta ama en secreto al oficial y la reina tambien. Ya son suyas aquellas dos mujeres; y ya puede manejarlas á su alvedrío. Así sucedió: la reina, picada de los celos, exhonera á Marlborough, disuelve el Parlamento y nombra ministro á lord Bolingbroke.

Los frecuentes diálogos entre este y la duquesa estan llenos de rasgos delicadísimos y de talento. La escena final es maestra, y el medio ingenioso de que Bolingbroke se vale para poner á cubierto el honor de la reina, y casar al oficial con su amada, separándolo del amor de la reina, cuando ese amor no le era ya necesario, bastaría de por sí para acreditar á Scribe.

Preciso es confesar que el drama ha sido vestido con lujo y propiedad. Las Sras. Lamadrid han desempeñado sus respectivos papeles con notable esmero é inteligencia. El Sr. Lomba nos ha gustado tambien en el suyo, y puede decirse que al poner en escena esta bellissima produccion se ha hecho cuanto cabia hacer.

EL PENSAMIENTO.

PERIODICO DE LITERATURA Y ARTES.

LITERATURA CONTEMPORANEA.

ROMANCES ERSTORFOS.

por

DON ANGEL SAAVEDRA,

(DUQUE DE RIVAS.)

Aunque la mayor parte de los periódicos asi literarios como políticos han tomado á su cargo la crítica de la nueva obra con que hace poco ha enriquecido la literatura española el Sr. Duque de Rivas, no creemos que esté de sobra nuestro humilde parecer acerca de los *Romances Históricos*, cualquiera no saquemos de ello mas provecho que rendir público homenaje al talento, y contribuir al crédito de un libro que por muchas razones lo merece grande. Fuerza será decir tambien en obsequio de la verdad, que las consideraciones á que ha dado lugar su publicacion han sido mas limitadas de lo que reclamaba el asunto, ya por falta de espacio; ya por ceñirse á una escala de-

PRIMERA SERIE, TOMO I, 3.^a ENTREGA.

masiadamente reducida. Desesosos nosotros de suplicar esta falta, y cumpliendo con la obligacion que tenemos contraída con el público, procuraremos dar á conocer sino con inteligencia, con lealtad por lo menos, los trabajos del Sr. Saavedra, y asegurantes el lugar á que hace tiempo los estan llamando las prendas poco comunes que los adornan. No son de ahora sus méritos literarios y los eminentes servicios prestados á la causa de las letras en España: hace tiempo que su huella ha quedado profundamente grabada en el campo de nuestra regeneracion poética, cuyo primer adalid es, y por esto tampoco es nuestro ánimo circunscribirnos á su última produccion; antes bien queremos llamar la atencion del público tanto sobre la primera muestra que dió de su ingenio al soltar los grillos y ataduras que tanto tiempo tuvieron comprimida su imaginacion, como sobre la que por ahora cierra la serie de sus poesías. Claro está que hablamos de *El Moro Espósito*, ó sea *Córdoba y Jurgos en el siglo décimo*, impreso y publicado en París en 1834; pero aun para apreciar debidamente sus qualidades se hace preciso que demos una idea del estado en que nuestra literatura se encontraba, cuando el autor comenzó á escribir este bello poema (1827). De esta manera pondremos mas de bullo no solo su índole, sino tambien su influencia, y lograremos establecer dos épocas diversas, ayudando á su calificación; calificación que procuraremos cimentar no tanto en sus formas, como en sus tendencias, bien convencidos de que esta es la única fecunda.

Los críticos franceses del siglo XVII y XVIII aclamados y puestos en boga entre nosotros por Luzán y sus secuaces, despojaron á nuestra literatura (fuerza es decirlo) de toda espontaneidad, y acabaron con su originalidad y carácter propio. A tal punto habían venido las musas castellanas en el desastroso reinado de Carlos II, que sin duda era preciso un remedio poderoso á rejuvenecerlas; y aun para disciplinar las tendencias anárquicas de la época convendríamos en que la restauración de los códigos del buen gusto clásico era medida de la mayor eficacia; pero lo que como contraveneno y socolor de medicina se introdujo, diéronlo aun después de combatida la enfermedad, por alimento de uso cotidiano, y esto bastó para alterar y viciar el temperamento poético (si es lícito decirlo así) de nuestra nación. Si la literatura es el reflejo de la sociedad, como lo demuestra la historia de todos los pueblos á quien desapasionadamente la recorra, sin duda se equivocaban los que sin tener en cuenta mas que el espíritu de obediencia y de imitación, trasladaban á nuestro país las formas del sentimiento de otro país, en cuyas circunstancias se advierte escasa analogía con las nuestras. Persuasión y empeño tales tenían honda raíz en el ánimo de los innovadores, pues mirando á la literatura como un instrumento de recreación y agrado, y negándole todo carácter filosófico y social, fácilmente se convencían de que allí se acimantaria, donde ostentase regularidad de formas y proporciones concertadas y armoniosas; no de otra suerte que si nuestras facultades morales no recibiesen las modificaciones de tiempo y lugar, y los afectos del corazón y los vuelos de la fantasía se vaciaran en un molde idéntico en todas épocas. Ahora que un análisis profundo y detenido ha minado los ídolos de semejante creencia, fundando la teoría del sentimiento en los fenómenos psicológicos de la naturaleza humana, con razones maravilla una filosofía tan estrecha y estéril; pero cuando la fé suplia cuanto habia que suplir en ella, sin que el espíritu de discusión la atajase en sus desmedidas pretensiones; no era mucho que estimulase á sus adeptos hasta hacerlos atropellar por toda clase de consideraciones. Por muchas atropellaban en efecto, y no era la menor de todas la nacionalidad que en nada ó en muy poco tenían, cual si el paladar del pueblo fuese harto grosero para saborear los frutos de la imaginación, ó

cual si la luz divina de la poesía se desdijese de alumbrar el corazón de todos los hombres, y de inflamar la fantasía de los humildes é ignorantes. Desentendiéndose de las tradiciones históricas, desechando los atavíos nacionales, persiguiendo no pocas veces con las armas del ridículo los objetos de la pública veneración y entusiasmo, mal podía semejante literatura conquistar la popularidad, fanza la mas sólida de la verdadera belleza poética, talisman misterioso que abre el templo de la fama. Por una rara contradicción de aquellas en que tan frecuentemente incurre el espíritu humano, los iniciadores de Homero, de Sófocles, de Teócrito y de Anacreonte no comprendían que el secreto de su duración y de su hermosura consistía en su espontaneidad y verdad, y que la cualidad de indígenas que caracterizaba sus creaciones, era la prenda mas segura de fuerza y de vigor. Los personajes, rudos tal vez, pero siempre poéticos, de nuestros romances, las damas y caballeros de nuestro antiguo teatro, espejo del pundonor y dechado de la galantería, vienen á parar en las palomas y pastores poco significativos de Melendez, y en las figuras majestuosamente dibujadas y llenas de verdad, pero frías y prosaicas á veces, de Moratín. De esta manera empujada la literatura en una senda convencional y que cada vez se desviaba mas de la que antiguamente siguieron nuestros ingenios mas esclarecidos, llegó á ser patrimonio de los sábios, y vino á renunciar por último su mas noble y hermoso papel, el de representante de nuestra nacionalidad (*).

De este modo la musa castellana, desanda de sus naturales galas y privada de su alimento acostumbrado, mas que vivida ha sobrevivido á sí propia, oprimida bajo el yugo de reglas arbitrarias y entremetidas muchas veces por la mano torpe y grosera de la censura. Buena prueba de lo primero, sino de lo último, son las poesías del Sr. Saavedra publicadas en 1820, en que, si se exceptúa la pureza del habla y tal cual rotundidad y armonía en la versificación, apenas se descubre ninguna de las brillantes dotes que después han campeado en sus obras. La distancia que las separa del *Moro*

(*) No estará acaso demás advertir aqui que solo queremos indicar con estas observaciones la situación y tendencia general de la época, pues ni desconocemos ni negamos el merecido aprecio á los romances históricos y moriscos de Moratín el padre, á algunos del mismo Melendez y á otras escepciones honrosas de esta triste regla.

Esposito, es inmensa; la que las separa de los *Romances Históricos*, mayor todavía.

Dos cosas contribuyeron á hacer notable el primer de estos dos poemas; su índole y carácter peculiar y las circunstancias de su aparición. La revolución literaria que, como todas, sorda y oculta fermentaba, se vió formulada y alzó la bandera con el *Moro Esposito*, y acaso mas terminante y explícitamente con el elocuente y maduro prólogo que le precede. Tal sanidad en las doctrinas, tal agudeza en el criterio, tal templanza en las tendencias y tan profunda y trascendental filosofía puede decirse que era la vez primera que se veía empleada en lengua castellana. El autor resuelve con tanta elevación como conocimiento de causa las cuestiones literarias pendientes á la sazón, mas que en Europa, entre nosotros; y distante ignalmente de todos los sistemas eschivos, partidario solo de la naturaleza y de la verdad, desenvuelve la teoría de una cuerda y razonable libertad literaria, hija de la marcha de las ideas y de las esencias del siglo. Con copia de argumentos fortísimos vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, abre la senda que deben seguir los ingenios en la nueva regeneración, y explica cumplidamente la índole de la poesía histórica, dando á conocer el objeto de la obra á que sirve de introducción.

El asunto de este poema es la lastimosa tragedia de *Los Siete Infantes de Lara* que tan bellos y expresivos romances inspiró á Sepúlveda, y que durante algunos siglos ha debido ser una de las tradiciones mas populares de España. Razon tiene el autor para decir en el prólogo « que ha indicado una senda hasta el día no hollada por sus compatriotas;» pues no solo los asuntos de los siglos medios estaban abandonados con alguna pequeña escepcion en el teatro, donde por cierto no aparecían con su natural fisonomía; sino que tampoco se habia determinado nadie á componer un poema de índole y tendencia desconocida hasta entonces, é imposible de alistar en ninguna de las clasificaciones que la crítica señalaba. Si algun modelo tuvo el autor delante, tal vez fue á buscarlo entre las preciosas obras que Walter Scott llama *novelas poéticas*; pues en la literatura patria, ninguno de los asuntos tratados en los romances presenta el conjunto y la intención que desde luego se echan de ver en el *Moro Esposito*. Sin embargo, forzoso es confesar que dista bastante de la regular es-

tructura, bellos proporciones y caracteres profundos y bien trazados que tanto resaltan en *Morion*, *la Dama del Lago*, *Kobobij* y *el Lord de las Islas*. La acción en el poema del Sr. Saavedra peca de escasa y aparece un tanto desahogada: las narraciones estan empleadas con profusión y en cierto modo estorban y detienen su curso, y finalmente á un no sé qué de confuso mas que de enredoso en el plan se añade cierta monotonía y falta de individualidad en los caracteres principales, que si se exceptúan Gustios de Lara y Rui Velazquez, se acerecan mas de lo que debieran á un perfil común. Tampoco el desentee nos parece bien preparado y traido, ni enadra con la entonación y colorido poético de toda la obra. De estas faltas que con franqueza acensamos, no tanto eclamos la culpa al corazón ni al entendimiento del autor, cuanto á las impresiones que le dominaban cuando puso manos á la composición de esta obra, que tan honrosa senda debia abrirle en el campo de la literatura. Tal vez los grillos que con tanto valor se arrojaba á quebrantar, le sujetaban mas de lo que él mismo creía, y la costumbre y los recuerdos de tantos años inflúan poderosamente y sin saberlo él en su ánimo; pues á no ser así no acertamos á explicarnos por qué razón no dió mas tiempo á la acción poniéndonos á la vista hechos que contados por via de esposición se amontonan y descoloran; ni menos como en el dibujo de las figuras y en la combinación del plan no mostró la misma libertad, destreza y valentía que tanto nos cautivan y agradan en el *Don Alvaro* y en casi todos los romances. El Sr. Saavedra da entonces principio á la segunda época literaria de su vida, y sería injusto y poco cuerdo pedir al árbol nuevo la sombra y frutos que solo el tiempo alcanza á prestar y á madurar.

En cambio de esto, cuando el autor despliega sin reparo las alas de su fantasía, ya en los trozos descriptivos, ya en el bosquejo de los incidentes y caracteres episódicos, difícil sería pedir mas fuerza, mas precisión y agudeza. Allí donde su originalidad campea, se pueden medir sus raras cualidades con compás cierto y seguro, y no es esajerado decir que ninguno de nuestros modernos escritores se le aventaja. El cuadro de la comedia del arcipreste de Salas es de lo mas vivo, cómico y animado que puede imaginarse, y las escenas todas del convento tienen tal verdad, tal aplomo y relieve, que no parece sino que en realidad pasan

á nuestros ojos, y con nuestras propias manos los locamos. Vasco Perez, el abad, los otros monjes, Rodrigo, el Zurdo, son personajes copiados de un cuadro de Zurbarán ó de Velázquez; y el salón lugubre y medroso de Rui Velázquez nos recuerda las sublimes composiciones de Rembrandt.

Pues ¿qué diremos del admirable colorido local, de los bellos paisajes, del conocimiento de los trajes, usos y costumbres? Poco que sirva de encanto al sentimiento después de haberlos saboreado. Tan cumplidamente está desenvuelto y demostrado el espíritu rudo y caballeresco de aquella edad que el *Moro Espósito* es, en verdad, una página histórica llena de elocuencia.

Lunares hay sin duda en esta bella obra, pero pertenecen casi exclusivamente al plan; pues considerados sus pormenores y partes diversas una por una, mas dan lugar á la alabanza y al encomio que no á la disciplina de la crítica. No somos de los que se creen autorizados para pedir cuenta de los medios con tal que no desdigan de la naturaleza del asunto, y de consiguiente no nos atreveremos á censurar en el *Moro Espósito* el empleo de un metro que por mas nacional que el autor nos le pinte á causa de su analogía con el romance octosilábico vulgar, le cede sin embargo mucho en rapidez, concision y energía; pero no estará de sobra dejar apuntada aquí esta observacion que tanto puede servir para formar juicio sobre la última publicacion del Sr. Saavedra, objeto principal de este artículo. Descusado es decir que hablamos de los *Romances Históricos*.

Después del prólogo erudito cuanto razonado y enéjico que los precede, poco podemos añadir que no sea repetir las mismas razones con estilo menos elegante y vigoroso; sin embargo, preciso será en obsequio de aquellos de nuestros lectores que no los tengán á mano, dar alguna idea de las muy acertadas que el autor espone.

Sabido es que la cuna de nuestra verdadera poesia nacional son los romances, que por su juro sencillez, rudo y lleno de nérvio tan bien se acomodaban á la capacidad de un pueblo que entonces recorría el círculo de su juventud. La cultura creciente y el esplendor literario de España en los siglos XVI y XVII engalanaron y dieron extraordinario ensanche á este género de poesia, que sin embargo perdió en robustez y vigor, cuanto en lujo, adornos y soltura ganaba. El ingenio colosal de Quevedo que tan poderosamente hizo, llegó á producir un inconveniente

de gran monta cual fue el dejarlo al alcance de los copieros y versificadores de oficio que bien pronto lo degradaron y envilecieron. Resultado natural de esto fue el que la jente entendida comenzase á desdenar el romance como propio del vulgo escitivamente, sin tener en cuenta su noble origen ni el manantial de alta poesia histórica que encerraba en su seno. En vano Luzán y Meléndez en el siglo pasado demostraron, el uno con copia de razones y el otro con el ejemplo y la práctica, la bondad y aptitud del romance á todos los tonos de la poesia, porque la direccion errada de los espiritus no permitia su restauracion.

En nuestros dias y en una obra elemental que de real órden anda en manos de la juventud, *El Arte de hablar en prosa y verso*, del Sr. Gomez Hermosilla, se dice del romance que *aunque ven- tar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara*. Tan gratuita su posicion destruye el Duque de Rivás con citas oportunas y con argumentos de gran peso en su prólogo, que en verdad es un elocuentísimo alegato en favor de la principal rama del árbol de nuestra literatura, tratada con tanto menosprecio como injusticia por el crítico citado; pero la prueba mas verdadera de todas es la misma coleccion que forma el volumen de que tratamos.

« Volver el romance á su primer objeto y á su primitivo vigor y energía sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía y aprovechándose de todos los atavíos con que nuestros buenos injenios lo han engalanado, » es el deseo y el intento del autor. Veamos hasta qué punto lo ha logrado.

Ya era conocida del público ilustrado la maestría y facilidad con que sabia manejar este género de poesia, porque los romances de *La Fuella Descada*, *El Sombrero*, *El Conde de Villamediana*, *D. Alvaro de Luna* y *el Alcazar de Sevilla* que se imprimieron á continuacion del *Moro Espósito*, junto con otras bellas poesias en que desceñan las que llevan por título *Al Faro de Malta* y *A mi hijo Gonzalo*, manifiestan la profundidad y rectitud con que el autor sentia y comprendia la poesia histórica de su pais. La precision, la fuerza y la verdad que desceñan en los que comprenden las trajelías del maestro D. Fadrique y del Conde de Villamediana, tan bien concertados en su plan y tan dramáticos en su es-

tructura, probaban que el Sr. Saavedra alcanzaria distinguido renombre, tratando esta clase de asuntos á que desde *El Paso Honroso* parecia inclinarle una vocacion irresistible. La coleccion que últimamente ha dado á luz, ha demostrado cuan fundada era esta esperanza, y que en el momento en que sus obras fuesen hijas de su inspiracion únicamente, llevarian tal sello de individualidad y de vigor, que se distinguirian de un modo innegable de todas las demas contemporaneas. Argumentos hábilmente conducidos, caracteres marcados, figuras animadas, vivas y ricas descripciones, afecciones verdaderas y vehementes, riosos atrevidos y grandes, entonacion poética, locucion castiza y esquisitos conocimientos históricos adornan y enriquecen estos romances. Hermanos carnales de los lienzos sublimes de Velázquez y Zurbarán, atentos á la impresion general antes que á detalles embarrasosos, sino inútiles, los *Romances Históricos* no por eso dejan de recorrer los diversos tonos del sentimiento con pinceladas llenas de atrevimiento y con hermosos golpes de claro oscuro. Donde el asunto lo permite, se advierte al punto aquel relieve, vida y movimiento propios del drama que encadenan los sucesos con gradacion sintética y rigurosa, y mantienen viva la atencion y el interés, hasta llegar á un desenlace de sinmo efecto. *El Solemne Desengano*: *El Cuanto de un Pelecano*: *Amor*, *Honor y Valor* son buena prueba de lo que acabamos de decir. Donde quiera que la accion, ó por general, ó por larga, ó por escasa, carece de las mismas proporciones, lo suple ventajosamente ya la regularidad del plan, ya la oportunidad de los incidentes episódicos, ó ya en fin la efusion de los afectos, y siempre la verdad del colorido; como lo manifiestan *La Victoria de Pavia*, *los Recuerdos de un Grande Hombre*, *La Fuella Descada*.

Hay en estos romances tantas cosas que lisonjean nuestro orgullo, que halagan nuestra memoria y que despiertan nuestra nacionalidad, que su impresion no puede dejar de ser altamente noble y patriótica. La inspiracion sola aun desnuda de los primores y atavíos del arte debe encontrar un eco fuerte y sonoro en el corazon de los españoles; pero el arte mismo que la engalana, ni la rebaja, ni la afemina; antes la alienta y vivifica. Para corroboracion de cuanto dejamos dicho, insertaremos, aun á riesgo de hacer mas pesado este artículo, algunos trozos no precisamente escogidos,

PRIMERA SERIE, TOMO I, 3.ª ENTREGA.

sino de los primeros que se nos ocurran.—Men Rodríguez de Sanabria va á avisar al Rey D. Pedro encerrado en el castillo de Montiel que Beltrán Chiquin ha hecho la seña convenida. Hé aquí un cuadro y una escena dignos de Rembrandt y de Shakespeare.

Del hogar la estancia toda
Falsa luz recibe apenas
Por las azuladas llamas
De una lumbre casi muerta.

Y los altos pilatrones,
Y las sombras que proyectan
En pavimento y paredes,
Y el humo leve que vuela

Por la bóveda y los lazos
Y los mascarones de ella,
Y las armas y estandartes
Que pendientes la rodean,

Todo parece movable,
Todo de formas sinistres,
A los trémulos respiros
De la ahogada chinamen.

Men Rodríguez de Sanabria
Al entrar en tal escena
Se siente desfallecido,
Y sus duros miembros tiemblan,

Advirtiendo que Don Pedro
No en su lecho, sino en tierra
Yace tendido y convulso,
Pues se mueve y se revuelca,

Con el estoque empuñado,
Medio de la vaina fuera,
Con las ropas desgarradas,
Y que solloza y se queja;

Quiere ir á darle socorro,
Mas ¡ay!... ¡en vano lo intenta!
En un mármol convertido
Quédase clavado en tierra,

Oyendo al rey balbuciente
Sola infernal influencia
De abogadora pesadilla,
Prorrumpir de esta manera.

« Doña Leonor.... vil madrastra!!!
Quita, quita.... que me aprietas
El corazon, con tus manos
De hierro encendido.... espera

« Don Fadrique, no me ahogues....
No me mires que me quemas,
Tello!.... Coronel!.... Osorio!....
Qué quereis?... traidores, ca!

« Mi vidas os arrancára,
No temblais?... dejádmelo.... ahuera:
Tambien tú, Blanca? y aun tienes
Mi corona en tu cabeza!.....

« Osas maldecirme? ¡infame!!!
Hasta Bermejo se acerca....
¡Moro infame!.... temblad todos.
Mas ¿qué turba me rodea?....

« Zorzo, á ellos: sús, Juan Diente.
Aun todos viven?... pues muerran.
Ved que soy el rey D. Pedro,
Dueño de vuestras cabezas.—

« ¡Ay que estoy nadando en sangre!
Qué espadas, decid, son esas?...
Qué dogales?... qué venenos?...
Qué huesos?... qué calaveras?....

« Roncas trompetas escuchó....
Un ejército me cerca,
Y yo á pié?... déjme un caballo
Y una lanza.... vengan, vengan.

« Un caballo y una lanza.
Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida,
Por un corcel mi diadema (1).

« ¿No hay quien á su rey socorra? »
A tal conjuero se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
Y esclama: « conmigo cuenta. »

La descripción del Guadaquivir cuando el in-
mortal Herrián Cortés vá á embarrancar en él en

(1) Mi Kingdom for a horse.

Shakespeare.

Busca de la corona de Moctezuma, servirá de mues-
tra de la imaginación rica y ardiente del autor.

El sol entre nubes de oro,
De un cadáver comitiva,
A la tumba del ocaso
Con majestad descendía.

Cuando la pieza de leva
Dió el trueno de la partida,
Del Guadaquivir soberbio
Retumbando en las orillas.

Magnífica era la escena!
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró su vista.

Cubierto el río de naves
De mil naciones antiguas
Con flammulas, gallardetes,
Banderoles y divisas

Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cria,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ansía la codicia.

De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,
De estrordinarias riquezas,
De varias mercaderías.

Y en las naves y las barcas,
En los muelles y marmasas,
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitas,

Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías.

Del grande español imperio
Hombre de todas provincias.

Y de todas las naciones
Que la Europa sabia habitan.

Moros, moriscos y griegos,
Ejipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos;
Hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,
Soldados, guardias, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canonigos y sopistas,

Caballeros, capitanes,
Frayles legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,

Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y canibistas,
Galanes, ilustres damas,
Itirans, rufianes, tías:

Todo bullicio tan grande,
Tan estraña algaravía,
Tal confusión de colores,
Tal movimiento y tal vida,

Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.

Como trozo de melancólica poesía, llena de me-
ditaciones vagas, dulces y descubiertas, poco tiene
que envidiar el siguiente donde tan al vivo se
pintan los desvaríos que con su desventurada pa-
sion sufría el marqués de Lombay.

¡Cuántas veces los jardines
Que riega el Tesin y el Mincio,
Los mismos nombres oyeron
Que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones
De Garcilaso, que hoy mismo
Nos admiran y enternecen
Vencedoras de tres siglos!

Tiernas lágrimas sacaron
De los ojos encendidos

Y del corazon doliente
Del marqués contemplativo:

En las selvas dó arrancaron
No menos hondos suspiros,
De otros destrozados pechos
Los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces, ay, seguían
Del marqués los ojos fijos
De la plateada luna
El lento y mudo camino;

Y al vera hacía el occidente
Rodar con pausado jiro,
Algun encargo le daba
Para el Tajo cristaliano;

Con sus miradas queriendo
Como estampar en el disco
Caracteres, que otros ojos
Por un prodigioso instinto

Leveran, cuando arjentada
Derramara el claro brillo
Sobre el rójio batconaje
De algun alcázar dormido!

Concluiremos estas citas con los siguientes versos
del romance titulado *Una Noche de Madrid en*
1578, dechado en nuestro entender de interés dra-
matico, de franco y vigoroso estilo. Hablando de
la bellissima princesa de Eboli dice lo siguiente:

Tres distintos personajes
A diversas horas iban
A rendirle obsequio ó culto
A conquistar su sonrisa,

Ardiendo sus corazones,
Aunque en edades distintas,
En el delirante fuego
Que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,
De edad cascada y marchita,
Macilento, enjuto, grave,
Rostro como de letriciá;

Ojos sinistros, que á veces
De una hiena parecían,

Otras vagos, indecisos,
Y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
De meditacion continua,
Huella de ardientes pasiones
Mostraba en frente y mejillas.

Y escaso y rojo caballo,
Y barba pobre y mezuquina
Le daban á su semblante
Espresion rara y ambigua.

Era negro su vestido
De pulcritud hasta nimia,
Y en su pecho destimbraban
Varias órdenes é insignias.

El otro era recio, bajo,
De edad mediana, tenían
Sus facciones de la audacia
Las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,
Negros vígate y perilla,
Aladares y copete,
Boca grande, falsa risa:

Formando todo un conjunto
De inteligencia y malicia,
Con una espresion de aquellas
Que inquietan y mortifican.

Lujoso era su atavío,
Mas negligente, y tenían
No sé qué sus ademanes
De una finura postiza.

El último era el mas jóven,
De noble fisonomía,
Pálido, azules los ojos
Con languidez espresiva;

Castiño claro el cabello,
Alto, delgado, muy finas
Modales y petimetre
Sin diles ni fruslerías

Ser un caballero ilustre,
De educacion escogida,
Cortés, moderado, afable,
Mostraba á primera vista.

Y la gallarda princesa,
La discreta, noble y linda,
Por quién de ellos?... Por ninguno,
Cual la estrella matutina

Era su alma pura, como
El sol su conciencia limpia.
...Mas lo que pasa en el pecho
Solo Dios lo sabe y mira.

Cuando la princesa estaba
En la presencia alicivra
Del primero, miedo helado
Por sus venas discurria.

En la del segundo, grave
Se mostraba y aun altiva,
Pero inquieta y recelosa
Midiendo sus frases misinas.

Y con el tercero estaba,
Aunque silenciosa, fina,
Y sin temor ni recelo,
Pero triste y discursiva.

El rey Felipe segundo,
A quien España se humilla,
Es el galan misterioso
De las nocturnas visitas.

El segundo Antonio Perez,
Secretario que tenia
Del rey estrecha privanza
Cual brazo de sus intrigas.

Juan de Escobedo el tercero,
Amigo en quien deposita
El insigne D. Juan de Austria
Sus secretos y su estina.

Semejantes revelaciones son punto menos que
inútiles y en especial la primera. El Felipe II que
nos ha dejado el pasmoso pincel de Pantoja, pa-

rece que ha salido del lienzo cobrando cuerpo y vida en todo este romance y apareciendo con toda su lígubre y temerosa grandeza tan parecida á las del príncipe de las tinieblas de Milton. El delicado rasgo con que el Sr. Duque fija la situacion, indicando apenas la misteriosa simpatía de la princesa, es uno de aquellos que solo es dado concebir al verdadero jénero.

No todos los romances atesoran las mismas cualidades, ni se elevan á la misma altura, cierto es; pero ni todos los asuntos tienen el mismo corte y jénero, ni es este jénero tan limitado y preciso que haya de ceñirse á límites determinados, antes bien ninguno admite tanta latitud y libertad.

El Sr. Duque de Rivas ha coronado con un éxito feliz una de las mas importantes empresas literarias que se han acometido en España de mucho tiempo á esta parte. Pocos escritores pueden gloriarse de haber proporcionado servicios tan eminentes á las letras españolas. Cuando rayó la aurora de nuestra regeneracion poética salió el *Morro Espósito* á servir de blanco á los tiros de la critica; poco despues *D. Alvaro* arrojó en el teatro los peligros de una innovacion repentina y de una transicion violenta, abriendo una senda mas filosófica y fecunda; y con la publicacion de los *Romances Históricos* ha anudado el hilo de oro de nuestra literatura nacional, desamarrando no poco su revuelta madeja. Por nuestra parte creemos que sus trabajos merecen bien del pais y de los amantes de las letras y aprovechamos con gusto esta ocasion de consignar nuestro dictámen, sincero, sino autorizado.

ENRIQUE GIL.

ÉPILOGO.

maña fe, lo mismo en literatura que en política, mas para estraviar la opinion del que sea tan bueno que los crea, que para guiarla por el buen camino de la verdad, vamos á hacer todo lo que nosotros podemos, para que nuestros lectores formen una idea exacta del estado de nuestros teatros.

Risa nos dá á nosotros mismos de la gravedad que amenaza á este pobre artículo, que bien sabe Dios que mas quisieramos que pudiera ser festivo. No será acaso nuestro fuerte la gracia, ni nuestro fiaco el deseo de tenerla, pero desde luego confesamos que mas nos gusta en cuestiones de cierta naturaleza de suyo poco profunda, aunque interesante, mirar las cosas con una benevolencia risueña y complaciente, que con una severidad, para nosotros afectada y que pone completamente en ridículo, al profundo y severo personaje que se dá, sin que ni para qué al inocente vicio, pero inaguantable y fastidioso de la severa gravedad. Si, pues, como es probable, estuviéramos secos y pesados en este presente artículo, culpa es toda del objeto que en él nos proponemos, para nosotros, que alguna concesion hemos de hacer á nuestro amor propio, y culpa toda de nuestro poco talento, para los demas que nada tienen que ver con nuestras propiedades, ni amorosos, ni rústicos, ni urbanos, como que ni nuestro amor propio los ha de dar á ellos ninguna satisfaccion, ni de nuestras posesiones, ya en la ciudad, ya en el campo, han de sacar en toda su vida ni medio maravelí.

Allá vá, pues, nuestro artículo, y ahora es cuando verdaderamente empieza. —¿Es el teatro la escuela de las costumbres?—Me parece que para empezar no es floja la pregunta.—Puede muy bien ser que sí, y puede muy bien ser que no.—Para empezar tampoco es mala la respuesta.—Nosotros creemos que allá cuando el teatro representaba, ó por mejor decir, allá cuando en el teatro se representaban á una sociedad sencilla, y si tan numerosa, por lo menos no tan intrincada ni entrefeída como la actual, acciones que á toda ella comprendian, sin que ella para ver contenida su representacion, escitase mas artificio que el ninguno que en sus costumbres habia, ni para salir de allí instruida, necesitase otra cosa sino ver desenrollada la misma accion con arreglo á sus creencias morales, acabadas de copiar, dignos asi, por ella de la misma naturaleza, y frescas aun en su corazon con la uncion de la fe de la infan-